

MADRID ES NUESTRO

FUE como un relámpago: a las ocho y veinte de la tarde del martes 22, decenas de pancartas surgieron en la madrileña calle Preciados. Minutos antes estaban enrolladas en manos de los distintos grupos que iban llegando al punto de cita de la manifestación, entre la vigilancia de los policías armados que pedían carnet de identidad y aseguraban que aquello "era sólo para las amas de casa"... Por eso, cuando tal vigilancia dejó de ejercerse, fue cuestión de segundos el despliegue de pancartas, con claras reivindicaciones escritas sobre ellas: Principalmente contra la carestía de la vida, en favor del reconocimiento de las asociaciones de vecinos, en protesta por los topes salariales... que coincidían con los tres objetivos del acto. Era el derecho de expresión ejercido por miles de madrileños a los que —entre todo tipo de condicionamientos puestos por la Administración— se les permitía decir lo que tantas veces se les ha negado y se les está negando.

La respuesta fue espléndida, superior a los augurios más optimistas. Alrededor de cincuenta mil personas se concentraron en la calle Preciados y sus adyacentes hasta no dejar ni un metro por ocupar ni un mínimo espacio sin llenar. Procedentes de la plaza de Callao y de la Puerta del Sol, los grupos se encontraron a mitad de la vía peatonal autorizada para la concentración. Hacía un calor sofocante, aumentado por la "temperatura humana". Pero era otra "temperatura" la que se elevaba como un clamor desde el pleno centro de Madrid. Una "temperatura política" ejemplar, una madurez cívica impresionante, un deseo realizado de salir a la calle para gritar bien fuerte todo aquello que se anhela. Y se gritaron a coro, a los cuatro vientos, las exigencias de un pueblo que quiere ser considerado como adulto.

La concentración de Preciados respondía a la llamada de las asociaciones de vecinos, que buscaban en este acto la culminación de la Semana Ciudadana desarrollada en días anteriores bajo el lema "Madrid es nuestro". Una Semana dentro de la que numerosos actos se vieron prohibidos, pero que dio idea del arraigo de las asociaciones en sus distintos barrios, del poder de convocatoria que han alcanzado en estos últimos años. Y lo que había sido expresión parcial de ello en cada comunidad vecinal, se convirtió el día 22 en la suma de una conciencia ciudadana que explotaba colectivamente, que "quiere sus derechos y los quiere ahora", según una de las frases utilizadas en la convocatoria.

A ella acudieron desde los habitantes de los propios barrios (compuestos mayoritariamente por trabajadores, ya que es en las zonas periféricas donde —lógicamente— el movimiento ciudadano alcanza una más amplia combatividad) hasta amas de casa de la pequeña y media burguesía, junto a universitarios, profesionales liberales y militantes de partidos políticos. Ello proporcionaba una imagen de Madrid totalmente opuesta al estereotipo que suele

funcionar en muchas zonas de nuestro país, donde se identifica a Madrid con Administración, con centralismo, con asfixia de libertades... Ese es, en efecto, el Madrid de la política oficial y de las clases dirigentes de su población, pero el verdadero Madrid es el de la calle Preciados, o el de las huelgas de enero y febrero, o el del recital de Raimon, o el de las manifestaciones pro-amnistía... Un Madrid que lucha, que no acepta

Fernando Lara

las arbitrariedades, que sabe vivir un momento tan difícil como el actual. Ese Madrid que la otra tarde sudaba con la satisfacción de ver que eran muchos miles los que allí estaban juntos, unidos, codo con codo. No era una henimilleriana "pesadilla de aire acondicionado" lo que estaba protagonizando, sino el calor de la comunidad, de la fraternidad, como digno heredero de una población que supo defenderse hasta el límite en los días de la guerra civil.

Cuando al inmenso gentío de los que ya estaban en Preciados se unie-

ron estos problemas, la no legalización de las asociaciones ciudadanas y la suspensión de actos", para terminar exigiendo "plenos derechos de reunión, expresión y manifestación como garantía imprescindible en el ejercicio de nuestras actividades".

Denuncias y exigencias que sintetizan la situación de los barrios madrileños, pero que remiten inevitablemente a los problemas generales con que se encuentra enfrentado nuestro país, a los que —por tanto— se identifican en tantos casos. Otros documentos y ad-

estos problemas, la no legalización de las asociaciones ciudadanas y la suspensión de actos", para terminar exigiendo "plenos derechos de reunión, expresión y manifestación como garantía imprescindible en el ejercicio de nuestras actividades".



ron los provenientes de otra manifestación celebrada hora y media antes (la de la enseñanza, cuyo desarrollo figura reseñado junto a esta información), la concentración alcanzaba su sentido final: escuelas populares, democratización de la enseñanza, trabajo para los maestros y plazas para los niños, exigían las pancartas de los que llegaban, complementando así todo un espectro reivindicativo que resumía en grandes letras y sobre tela las necesidades de toda una población. Desde un balcón de la calle Preciados se leyeron entonces una serie de documentos que ampliaban lo que la calle exhibía y gritaba. En primer lugar, el comunicado hecho público el 16 de mayo en Aranjuez, antes de la violentísima dispersión que tuvieron que sufrir los asistentes a aquella asamblea popular. Desde una perspectiva de las asociaciones ciudadanas, se denuncia en él —según extracto de "El País", diario que se está distinguiendo, entre otras muchas co-

hesiones fueron leídos en la concentración de Preciados, continuamente entrecortados por las voces unitarias de quienes estaban en la calle, imposibilitados por la propia configuración de ésta —alargada, estrecha, con muy diversos centros de resonancia— de poder escuchar fielmente lo que se leía con precipitación dada la escasa media hora durante la cual el acto se consideraba permitido. Pero las octavillas que convocaban a la manifestación, repartidas entre los asistentes, ampliaban un poco más aquellas exigencias que el pueblo de Madrid considera como suyas:

— Madrid, como ciudad que destierre la burocracia centralista y la corrupción, en una sociedad donde el pueblo sea soberano.

— Alcalde elegido democráticamente y que responda de su gestión ante los vecinos.

— Equipos técnicos al servicio de una planificación descentralizada y supervisada por los madrileños.

— Legalización de más de 50 asociaciones "en trámite" y de la Federación de Asociaciones. Derecho de asociación, reunión, etc.

— Derecho de expresión para las entidades ciudadanas, dentro de un marco de libertad de expresión general en el país.

— Amnistía para todos aquellos ciudadanos y convecinos que se han manifestado por una sociedad más justa y democrática.

— Derecho de sindicación de los funcionarios, en el contexto de libertad sindical para todos los trabajadores.

— Control eficaz de las inmobiliarias, control en la recepción de obra, revisión de los planes parciales y generales urbanos, etc., por parte de los vecinos afectados.

— Elección democrática de las Juntas Municipales de Distrito y descentralización de la gestión municipal de los barrios.

— Nueva distribución de distritos correspondiéndose con la actual realidad de los barrios, de forma que se facilite el control inmediato de los representantes por los representados.

Cuando a las nueve menos diez de la tarde —diez minutos antes de que finalizara el tiempo establecido—, la Policía ordenó a los organizadores que disolvieran la concentración (lo que se hizo con perfecto orden, aunque algunos grupos quisieron continuarla en manifestación, lo que fue reprimido con enorme dureza por la Policía, que efectuó treinta detenciones, con posteriores multas y procesamientos), este "decálogo" ciudadano había quedado perfectamente asumido y representado

